

LA EDUCANDA.

Periódico de Señoritas.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion, por doña Micaela de Silva.—Una ramita de laurel, por doña Angela Grassi.—Los Huevos de Pascua [continuacion], por doña Joaquina G. Balmaseda.—Escolástica [continuacion], por doña Micaela de Silva.—LAMINA: Pliego de Dibujos y Patrones.

EDUCACION É INSTRUCCION.

LO GRANDE Y LO PEQUEÑO.



QUEREIS, amables lectoras, formar una idea del infinito poder y sabiduría de Dios? observad sus obras; el Universo es un conjunto de maravillas tales, que pasan y confunden la inteligencia del hombre, al paso que le dan á conocer lo infinito. Si de día miramos al cielo, nos deslumbran los rayos del sol, que todo lo vivifica, de modo que parece la imagen de la Providencia, nos encanta el bellissimo azul del cielo, y el espectáculo que presenta la superficie de la tierra sembrada de maravillas. Pero si le miramos en una noche serena y estrellada, crece nuestro asombro mas y mas, contemplando esos globos de luz que son otros tantos mundos esparcidos en la inmensidad de los espacios. ¿Quién es capaz de contar las miriadas de los astros que tachonan el azul del firmamento? Cuéntase de un filósofo que nunca le miraba sin saludarle con profundo respeto, exclamando:—Hé ahí la Ciudad del Rey de los Reyes! Hé ahí el templo de Dios, y por la grandeza del templo se adivina la grandeza de la divinidad.

San Pablo dice:—«No hay casa que no tenga su arquitecto, y el Universo es la casa que hizo Dios!» El Señor es el arquitecto que formó la tierra, con sus montes, sus mares, sus rios y volcanes; sus ricos valles cubiertos de mieses, árboles y flores, cuya variedad sorprende y embelesa.

Pero el cielo sobre todo es la grande obra de la Omnipotencia. ¿Quién puede calcular el número de los astros, y medir á punto fijo la distancia que los separa de nosotros? Herschel, famoso astrónomo, di-

2.^a ÉPOCA.

ce, que la luz de algunas estrellas necesita dos millones de años para llegar hasta nosotros, y esa luz recorre setenta millas por segundo. Se ha dicho tambien que una bala de cañon, á pesar de la rapidez que distingue á ese proyectil, tardaria setecientos mil años en llegar hasta la mas baja de las estrellas. No falta quien asegure que hay estrellas cuya luz no ha llegado á la tierra desde la creacion del mundo, y está reservado á los siglos venideros el descubrirla. ¿No es esto pasmoso?

Y si pasma el número, el tamaño y la distancia de los astros, ¿qué dirémos del órden admirable que guardan en sus movimientos, en su curso periódico, en las reglas establecidas por el regulador Eterno, que con solo una palabra hizo salir innumerables mundos del caos en que yacian antes de aquel *fiat lux*, que dió principio á la inmensa creacion.

Pero si en la grandeza de los astros luce su infinito poder, tambien lo infinitamente pequeño da testimonio de su admirable omnipotencia, y sino veamos lo que nos dicen los sábios naturalistas. Una sutilísima hebra del capullo de la seda consta de otros setenta hilos; la tela de araña, cuyos hilos nos parecen imperceptibles contiene seis mil hebras en cada uno; la gota de agua puede dividirse, segun dicen, en millones de moléculas. Una miga de pan, mirada con un microscopio, ofrece á la vista el espectáculo de una selva poblada de árboles, cuyas hojas y ramas se distinguen perfectamente. El mundo animado nos presenta ejemplos maravillosos; cada flor, cada hoja, por diminuta que sea, contiene colonias de vivientes. En el espacio que ocuparia un granito de pólvora, pueden habitar miriadas de seres animados que atienden á cubrir sus necesidades, y se hallan dotados de su instinto peculiar, ¿y sabeis dónde anidan esos animalitos? en nuestra boca: en el sarro que se forma entre los dientes.

La vida, dice Mr. Humboldt, se halla esparcida con tal profusion en torno nuestro, que millares de infusorios, es decir, de insectos que nacen en los

charcos y aguas estancadas, viven como parásitos sobre otros de mayor tamaño, y aquellos á su vez sirven de habitacion á otros mas pequeños.

Estos animales gozan de sus facultades para moverse, alimentarse y atender á su conservacion, y como los peces ejecutan movimientos rápidos, y que tienden á sus fines particulares, como por ejemplo, acechar y coger una presa, cuyo tamaño seria imposible calcular: figuráos, si es posible, cuál sera el de sus miembros y articulaciones. ¿No habeis observado á la simple vista, con que rapidez se mueven los diminutos gusanillos que se crían en el agua? Pues á favor del microscopio veríais moverse con igual viveza y rapidez á otros seres incomparablemente mas pequeños, y cuya organizacion y mecanismo dice al mas incrédulo: «Mira y cree, póstrate y adora de rodillas al Hacedor de tales prodigios.»

Niñas, la creacion entera publica y narra las maravillas de Dios, eso es indudable, nosotros de lo que dudamos es de quien dice mas claro que su poder no tiene límites: si esos globos inmensos que recorren el espacio, ó los átomos imperceptibles que se ocultan á nuestra vista, y de cuya existencia nos dió noticia el microscopio; por nuestra parte, admiramos y bendecimos á Dios en lo grande y en lo pequeño.

MICHAELA DE SILVA.

UNA RAMITA DE LAUREL.

En una fresca mañana del mes de Abril de 1779, seguía la márgen izquierda del Isar un joven viajero, que apoyado en su nudoso baston de viaje se dirigía á Munich, capital de la Baviera. Esta ciudad, la mas magnífica de toda la Alemania, se dibuja á lo lejos, formando islas pintorescas, y haciendo ostencion de las altas cúpulas de sus iglesias, y de sus bellos y magestuosos edificios.

El joven, tan pronto aligeraba el paso, como si le pareciesen siglos los minutos que tardaba en llegar al fin de su viaje; tan pronto se detenía al pié de un árbol, lleno de temor, de desaliento y de tristeza. Entonces sacaba del seno una cajita de marfil, y contemplaba con éxtasis los objetos que contenía.

Y sin embargo, aquellos objetos no eran de oro, ni estaban adornados de piedras preciosas; eran simplemente una seca ramita de laurel, y un rizo de cabello blanco.

—Madre mía! Aloisa! decía suspirando al contemplarlos; y las lágrimas inundaban sus mejillas.

Era muy joven y muy delgado, de nariz proeminente, de ojos grandes y cabeza pequeña; pero aunque este conjunto no fuese armonioso, su rostro se

embellecía con el reflejo de la sensibilidad esquisita de su alma, y la llama del génio que brillaba en sus miradas.

Vestia con sencillez, y los botones negros que adornaban su casaca encarnada, indicaban que llevaba luto por algun sér querido.

Llegó por fin á la puerta del Isar, pero antes de entrar en la ciudad, compró un ramillete de flores en una huerta cercana, y sacudió con minucioso esmero el polvo del camino.

Luego cruzó lentamente, y con las mismas vacilaciones que antes, las anchas y rectas calles de Munich, dejó atrás sus bellas plazas, y llegó á la principal, circuida de pórticos y rodeada de palacios.

—Aloisa Weber? preguntó á un anciano comerciante de lino, que estaba escribiendo en un gran libro la cuenta y razon de su comercio.

Éste se quitó los anteojos, depuso la pluma en el tintero, y dijo con tono de sorpresa, mirándole de hito en hito.

—Aloisa Weber! ¿Es por ventura la célebre cantatriz que forma las delicias de la corte de nuestro buen Carlos-Teodoro; la sirena que arrastra tras de su carro triunfal á toda la juventud brillante de Munich? Es por esa por quién vos preguntais?

El viajero oía estas palabras entusiasmado, poniéndose alternativamente pálido y encendido, y los latidos de su corazón eran tan violentos, que tuvo que ponerse la mano sobre el pecho repetidas veces.

—¡Por esa! balbuceó en voz baja.

—Pues si quereis tener la dicha de verla, aguardad aquí. Mirad esa multitud de altos personajes, con sus casacas bordadas y sus empolvados pelucones, pues aguardan lo mismo que vos. ¡Aguardan que la sirena salga de la iglesia de San Luis para dirigirse al real palacio. Pero mirad, mirad, ahí viene, seguida de sus hermanas!...

En efecto, cinco jovencillas se adelantaban por los anchos pórticos. Una iba delante y sola; otra iba detrás, sola tambien; pero la primera era bella y ricamente ataviada, de porte magestuoso, de ademan altivo; la segunda era una niña de doce años, pálida, fea, y tan mal vestida, que casi parecía una doncella. Las otras iban en el centro, cojidas del brazo, como si no se atreviesen á ponerse al nivel de la primera, y se desdeñasen de confundirse con la última.

Ya habia pasado la beldad por entre la doble hilera de sus admiradores, cuando el viajero, impulsado á pesar suyo por el comerciante, se atravesó de improviso en su camino.

Turbóse visiblemente la reina de la Moda al verle, pero pasó adelante sin saludarle siquiera.

Reunió entonces el joven todo su valor, exclamando con voz temblorosa:

—Aloisa, Aloisa, soy Wolfgang! Soy Wolfgang, el

que hace dos años en Manheim recibió de vos una solemne y formal promesa, y que hoy viene á reclamarla.

Oh, ya sé que no me habeis olvidado, no!... La ramita de laurel que ha servido de estímulo al pobre y desdichado artista me lo prueba!...

—Yo? dijo Aloisa frunciendo sus negras cejas, y mirando en torno de sí, temiendo que los nobles señores de la corte sorprendiesen aquel diálogo que rebajaba su orgullo. Yo no, Wolfgang, yo no!...

Wolfgang en su candidez creyó que era el despecho el que dictaba estas palabras.

—¡He tardado mas del tiempo prefijado, Aloisa, prosiguió, porque mi pobre madre ha muerto en París entre mis brazos!... Mi pobre madre ha muerto! Oh, cuánto he sufrido, Aloisa, cuánto! cuánto!

Aloisa le escuchaba con marcada impaciencia, y por fin le atajó diciéndole:

—Wolfgang, lo pasado ha pasado ya!.. Hace dos años yo era una niña, una pobre y oscura cantatriz, sin reputacion y sin nombre.... ¡Hoy me llamo Aloisa Weber!

Y como si hubiese pronunciado el nombre de una Emperatriz, pasó adelante.

Wolfgang arrojó un grito, se llevó ambas manos al corazón, y tuvo que recostarse en un pilar para no caer al suelo, como su ramillete, que fué rodando por el pavimento.

Otro grito desgarrador respondió al suyo. La niña de doce años se abalanzó hácia él con las mejillas cubiertas de lágrimas, exclamando llena de compasion y de ternura:

—Hermano! valor, valor, hermano!...

—Constanza! murmuró el jóven, queriendo estrechar entre las suyas la mano que le tendía la niña.

Pero no pudo: sus músculos se aflojaron, cubrió sus ojos un denso velo, y cayó desmayado en los brazos del comerciante; mientras Aloisa proseguía su camino, hablando y riendo con los nobles caballeros.

—¡Por Dios, cuidadle bien, por Dios cuidadle mucho, dijo la niña al oído del anciano, y recogiendo el pisoteado ramillete, lo apretó contra su pecho, y corrió á reunirse con sus hermanas.

El bueno y honrado comerciante no solo dió asilo á Wolfgang en su propia casa, sino que no permitió que emprendiera de nuevo su viaje hasta el día siguiente.

En el momento de marchar le entregó una ramita de laurel.

Wolfgang al verla experimentó una emocion profunda; tal vez Aloisa se habia arrepentido; tal vez le llamaba á sí!...

—¡No, no, dijo el anciano adivinando su pensamiento, al dármele me han dicho: *constancia, constancia siempre!* Y yo digo: qué valen mas la modes-

tia y la bondad que la hermosura y el talento!

—¡Ah, exclamó el jóven, herido por una súbita idea, *constancia!* esto era lo que estaba escrito sobre la ramita de laurel que recibí en París. ¡Ah, con qué eras tú, Constanza!...

Wolfgang partió triste; pero partió resignado.

Dos años despues, el día 29 de Enero de 1784, los habitantes de Munich corrian en tropel al teatro, para asistir á la primera representacion de una ópera seria en tres actos: *Idomeneo, ré di Creta*, composicion de un jóven, que á la edad de veinte y cuatro años se habia hecho célebre, ya por su música religiosa y por su admirable ejecucion en el piano.

Desde los primeros acordes de la orquesta, el público se sintió embelesado por aquel ritmo suave, melodioso, que conmovia dulcemente el alma, y al llegar al coro popular despues:

Plácido é il mar, andiamo,

que parece un himno de la juventud, lleno de amor y de esperanzas, arrebatado ya de entusiasmo, prorumpió en frenéticos aplausos. El entusiasmo fué creciendo y convirtiéndose en vértigo... en frenesí...

¡Nunca, nunca, en el teatro de Munich, uno de los mejores y mas reputados de Europa, se habia presenciado un espectáculo semejante! Las damas arrojaban á la escena joyas y preseas; los hombres batian las palmas, y prorumpian en incesantes *bravos*, que sofocaban la voz de los cantantes y los acordes de la orquesta.

Pero llegaron las patéticas escenas del final, y entonces el público ya no aplaudia, lloraba!

Aloisa estaba en un palco bajo inmediato al escenario con sus cuatro hermanas. ¡Ay, la orgullosa Aloisa ya no era la reina coronada por la Moda! ¡La Moda, que dá y quita las coronas, habia arrancado de sus manos el cetro, para dársele á una rival poderosa, y otra era la que hacia las delicias de la corte, otra la que interpretaba la obra sublime del *Idomeneo*, y compartía con su autor tan envidiable triunfo!

Aloisa estaba inmóvil en el palco, triste, cabizbaja, corroída por la envidia, torturada por el mas negro despecho.

Concluyóse la ópera entre el tumulto y los aplausos, y por fin apareció en la escena el autor, á quien una diputacion de la ciudad debia ofrecer una magnífica corona de laurel y oro.

¡El autor era Wolfgang!

Trémulo, confuso, enternecido, hasta el extremo de verter copioso llanto, el jóven tomó la corona de manos de los diputados, y obedeciendo á un impulso del corazón, corrió hácia el palco de Aloisa.

Las mejillas de ésta se tiñeron de carmin, y penetró en su pecho la esperanza.

El público presentia que iba á presenciar una es-

traña escena: sucedió un profundo silencio al anterior tumulto, y todas las miradas se fijaron en la prostergada cantatriz; curiosas las unas y las otras envidiosas.

Wolfan ni siquiera fijó en ella la atención.

—¡Oh, mi Constanza, exclamó con tierno acento dirigiéndose á la modesta jovencilla; oh, mi Constanza, ángel de mis sueños, consuelo de mi vida, tomad esta corona de laurel, que á vos sola os debo, y con ella el título de esposa!

Aloisa se levantó fuera de sí al oír estas palabras inesperadas; vió el júbilo de su hermana, la embriaguez de Wolfan y el entusiasmo del público enternecido con tan dulce escena, y no quiso ya ver más, precipitándose como una loca fuera del palco, y huyendo como una loca á encerrarse dentro de su casa.

Al año siguiente Constanza despues de sufrir mil persecuciones, consiguió al fin unirse con el autor del *Idomeneo*, que no era otro que Wolfgang Mozart, el célebre maestro que ha legado al mundo tantas obras inmortales, que ha eternizado su nombre con el *Don Juan*, verdadera epopeya, verdadero monumento del arte, que debe pasar incólume al través de las vicisitudes de los tiempos, para servir de admiración á los futuros siglos.

¿Pero quién sabe si el mundo no debe esta obra maestra á la humilde ramita de laurel? Quién sabe si privado de la humilde ramita de laurel, el génio sublime de Mozart se hubiera agostado en medio del desaliento y la tristeza?

¡Oh, mil y mil veces dichosa la mujer, que como madre, como esposa y como amante puede esparcir tanto bien en torno suyo!

ANGELA GRASSI.

LOS HUEVOS DE PASCUA.

(CONTINUACION.)

Federico, que este era el nombre del jóven, viajaba con cuanta precipitación podía, trepando por los vericuetos de aquel montañoso país, y caminando á orillas de espantosos abismos. Conforme habia pretendido, á la caída de la tarde se encontraba ya á muy pocas leguas de la morada de su tío.

Siguiendo su camino junto á un profundo precipicio, y mirando inadvertidamente á su fondo, vió en él un gallardo caballo ricamente enjaezado: la mantilla era de terciopelo escarlata, y brillaba la rienda como si fuese de hilo de oro. En cuanto el caballo le apercibió principió á relinchar con alegría, como si quisiera llamarle en su socorro.

—Dios mio! exclamó Federico, cómo se halla ese hermoso animal en el fondo de ese precipicio? Indudablemente el ginete habrá caído con su caballo á esa horrible sima. ¿Y cómo saberlo? cómo separarme de estos sitios sin saber si algun infeliz necesita de mi auxilio? Valor! quiero á todo trance saber lo que esto significa.

El pobre jóven corrió de un lado para otro buscando un sitio á propósito para descender al fondo de la sima: halló por fin el cáuce de un torrente, que por fortuna estaba seco, y pudo verificar su deseo deslizándose con trabajo.

Cuando concluyó de bajar tendió la vista á su alrededor y descubrió un caballero, á juzgar por su rico traje, tendido en tierra; su casco y lanza estaban á alguna distancia donde los habria sin duda lanzado la violencia de la caída. Al ver la palidez de su rostro, Federico creyó por un momento que aquel hombre habia dejado de existir; pero sin embargo se adelantó hácia él, y tomándole una mano con cariño exclamó:

—Caballero, qué teneis? Hablad, si aun conservais un resto de vida. ¿Puedo seros útil en algo?

El desconocido abrió sus ojos y miró con tristeza al jóven, haciendo esfuerzos para articular alguna palabra sin poder conseguirlo, y solo señaló su boca, y con la otra mano el casco, por lo que comprendió Federico que queria beber: tomó con la mayor solitud el casco, y principió á buscar algun arroyo.

Unos árboles que vió á poca distancia le hicieron presumir que no tardaria en hallar lo que buscaba; continuó siguiéndolos, y apercibió un manantial que brotaba entre las rocas. Con gran alegría se dirigió de nuevo donde le esperaba el desconocido, quien bebió con gran ansiedad el agua que el jóven le presentó.

—Dios sea loado! dijo por fin con voz débil: gracias á tí, que enviado por él sin duda, vienes á salvarme de una muerte cierta. Sí, añadió, si tú no hubieras llegado hasta aquí, hubiera perecido de sed y de hambre.

—Ah! porqué no os he encontrado antes, exclamó con tristeza Federico; hubiera podido daros pan y queso que llevaba en mi saco, pero ya todo lo he consumido. Oh, no! dijo con alegría, todavía conservo huevos.

Sacó un huevo, le quitó la cáscara, y sentándose al lado del desconocido se le ofreció á éste, que se puso á comer y beber con avidez. Federico iba ya á partir el tercer huevo, y el caballero le detuvo diciendo:

—Basta, amigo mio, no es conveniente comer demasiado despues de una larga abstinencia, y lo que ya he tomado es suficiente por ahora: siento ya reanimarse mis fuerzas. Sin tí, generoso jóven, esta noche hubiera sido la última de mi vida.

—Ahora, noble caballero, repuso Federico, queréis decirme cómo vos y vuestro caballo habeis venido á caer en este precipicio?

—Yo no soy mas que un aspirante al título de caballero, es decir un escudero. Vagaba por estos países hace algunos días cumpliendo órdenes de mi señor, y en la tarde anterior me perdí entre estas montañas; la noche se echó encima, y buscando en medio de las tinieblas un sendero, cayó mi caballo en el fondo de esta sima. Una herida que al caer recibí en la cabeza me hizo perder el conocimiento, y despues postrado por la fiebre y por la fatiga, esperaba resignado la muerte, convencido de que mi mal no podria ser conocido de nadie, ni socorrido: entonces apareciste tú como un ángel salvador para volverme á la vida. Pero díme, ¿por qué dichosa circunstancia te hallas tú en este desierto?

Federico le refirió su historia, y cuanto le habia ocurrido en el valle donde habia pasado la noche.

—Huevos azules! exclamaba el caballero mirando las cáscaras que estaban en pedazos á su lado, nunca he visto cosa igual: dáme el que has vuelto á guardar en tu saco, que deseo examinarle con atencion.

Federico mostró el huevo que habia recibido de mano de la noble dama, y al contemplarle el escudero dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Esta máxima es bien verdadera.

*Del que á Dios con fervor ruega
á su trono la voz llega.*

—Yo acabo de adquirir la prueba. Mi voz se dirigió al cielo desde el fondo de esta sima, y Dios la escuchó. ¡Bendito sea su santo nombre! Él colme de felicidades á los amables niños que te dieron estos huevos.

—Ellos no presumirian ciertamente que iban á salvar á un desgraciado de la muerte. Dios bendiga tambien á la virtuosa señora que grabó en este huevo tan consoladora máxima.

—Amigo mio, dijo el escudero, dáme este huevo, y yo te daré por él otra cosa; te daré todo el dinero que tú quieras. Deja que tenga siempre delante de mis ojos esta verdad, y que mis hijos un día la admiren tambien, y sepan que un dón tan insignificante salvó la vida de su padre.

Y en el acto sacó de su limosneta dos piezas de oro, que le dió al jóven en pago de los dos huevos que habia comido, y otras dos por el de la máxima. Federico sentia tambien no conservar aquel huevo, pero al fin cedió á las vivas instancias del desconocido.

Éste, cuando hubieron terminado su cambio, tendió la vista por el espacio y exclamó:

—La noche se aproxima, y con dificultad en medio de sus sombras podrémos salir de este horrible sitio. Apresurémonos, amigo mio; completa tu obra, y ayúdame á salir de aquí por el camino que tú has traído.

Federico le ayudó á levantarse, y ambos principiaron con gran trabajo á subir aquellos peñascos, llevando al caballo de la brida. ¡Quién podria pintar la alegría del pobre herido, cuando fuera de aquel precipicio, y otra vez sobre su caballo, admiró las galas de la naturaleza que habia creído no volver á contemplar!

—Espero que dentro de algunas horas estarémos en casa de mi tio, dijo Federico. Yo en su nombre os ofrezco una buena hospitalidad, y estad seguro de que os procurará cuanto necesiteis hasta vuestro total restablecimiento.

Llegaron en efecto á la primera hora de la noche en casa del honrado marmolista, quien los acogió con la mayor bondad, felicitando á su sobrino por su noble conducta. Federico manifestó de nuevo su sentimiento por no poder cumplir los deseos de la noble dama, y entregar los huevos aquellos á su madre y hermanos.

—¿Qué estás hablando de huevos de colores? dijo su tio. No entiendo una palabra de todo ello, ni conozco otros huevos que los que nos dan las gallinas, como uno de los mayores beneficios de la naturaleza. En fin, sea como quiera, si esos huevos hubieran sido de oro, no podrias haber hecho mejor uso de ellos: salvar un hombre de los horrores del hambre, evitar que perezca... Créeme, te has portado como un hombre de bien.

El escudero mostró entonces el huevo de la sentencia, y el tio de Federico continuó:

—Es muy bello seguramente, pero no debes sentir su pérdida, porque este oro será mas útil á tu madre. Dáme, yo te daré su valor en plata, para que el cambiarlo no sea para ella una dificultad: de este modo comprenderá mejor tu madre la verdad de este precepto:

*Del que á Dios con fervor ruega
á su trono la voz llega.*

Todo el oro del mundo no vale tanto como esta máxima: procuremos grabarla en el fondo de nuestro corazon, y que no necesitemos jamás verla escrita para recordarla.

El jóven estaba absorto con la gran cantidad de dinero que recibia en cambio del oro, cuyo valor era para él desconocido.

El escudero permaneció en casa del marmolista hasta que estuvo curado de su herida, y se alejó despues de haber recompensado con generosidad los beneficios que habia merecido á aquella familia.

VI.

El valor de unos cuantos huevos.

Deslizábase la primavera y el verano sin que ocurriese nada de nuevo en el valle. Los carboneros cul-

tivaban sus tierras y hacían carbon; sus mujeres cuidaban la casa, procurando aumentar el número de gallinas que cada una tenía, y los niños preguntaban con frecuencia si llegaría pronto la Pascua otra vez.

En cuanto á la extranjera, lejos de gozar de la tranquilidad general, parecía víctima de la mas profunda tristeza. Su fiel Bruno que la habia seguido á su destierro, y cuidaba de todos sus negocios, ausentándose cuando estos lo exigian, hacia tiempo que enfermo, y debilitadas sus fuerzas por la edad, no podia dejar el valle. Cuando los árboles principiaron á alfombrar la tierra con sus hojas amarillas, el pobre anciano apenas podia sostenerse y salir á recibir los débiles rayos del sol de otoño: la señora lamentaba el estado del afectuoso criado, su único apoyo sobre la tierra, que quizá iba á perder muy pronto, y lloraba al considerar que muerto él quedaba condenada á pasar su vida en aquel desierto sin poder tener nuevas de su patria.

Un incidente muy grave vino á aumentar sus pesares. Una mañana que ella velaba junto al lecho del anciano sirviente, entró el molinero y la dijo: que los carboneros acababan de contarle haber encontrado la tarde anterior en la vecina selva á cuatro caballeros cubiertos de una brillante armadura, que dijeron ser vasallos del conde Schroffenneck, cuyo señor andaba por aquellos contornos con un buen número de ginetes. Que estuvieron largo rato con ellos, y los hicieron algunas preguntas acerca de los habitantes del valle, y sus costumbres, todo lo cual se apresuraba él á poner en conocimiento de la señora por si podia interesarla.

Al escuchar ésta el nombre del Conde palideció.

—Dios mio! dijo cuando el molinero terminó su narracion, ese hombre es mi mas cruel enemigo, y estoy segura que es á mí á quien busca por estos sitios. ¡Quiera el cielo que ninguno de estos honrados vecinos haya revelado á sus emisarios mi retiro!

El molinero procuró tranquilizarla, diciéndola que ni unos ni otros se habian ocupado de ella, que aquellos caballeros habian llegado no mas que á calentarse alrededor de los montes de encina que los carboneros tenían encendidos, y que se habian alejado despues; pero que no querian ocultarla, sin embargo, que algunos los habian visto por la mañana otra vez.

—Mi querido Oswaldo, vos á mi llegada al valle me recogisteis generosamente en vuestra casa, y desde que os trato he adquirido la certidumbre de que sois un hombre bueno y leal. Quiero que conozcais mis desgracias, los temores que me asaltan en este momento, y espero que no me negareis vuestro apoyo y vuestros consejos, que yo os ofrezco seguir con entera confianza. Me llamo Rosalía, y soy hija del Duque de Borgoña. Dos nobles caballeros pidieron mi mano á mi padre, el uno era Leopoldo de Schrof-

neck, el otro Arnaldo de Lindembourg. Leopoldo era tan rico, que sostenia con sus bienes gran número de guerreros, pero su perverso corazón oscurecia todos los dones que sobre él derramó la fortuna: Arnaldo por el contrario, era uno de los caballeros mas nobles del país; su única falta era ser pobre en comparacion del anterior, porque su padre solo le habia legado en herencia su viejo castillo y su honrado nombre. No vacilé, y elegí al último por esposo.

(Se concluirá.)

JOAQUINA G. BALMASEDA.

ESCOLÁSTICA.

Continuacion.

Algunas monjitas, mas curiosas que las graves maestras, acercáronse al banco de la demandera para oír su charla y saber algo de lo que pasaba fuera de los muros del convento.

—Sabeis, dijo Ana, que ha llegado gente nueva al castillo de nuestro buen patron? he visto luces en las ventanas de las habitaciones destinadas á los huéspedes de alto bordo; no será extraño que vengán á visitar el convento.

—¿Y son muchos? preguntó Marfa, que ya se habia despavilado.

—Si son muchos ó pocos no lo sé, como tampoco sus nombres, aunque lo he preguntado, pero nadie me dá razon; deben de ser personas de copete, por las trazas, y sobre todo gente de buen humor, porque vereis, esta mañana cuando me acerqué al lago, y le ví tan liso y brillante como un espejo, me dieron ganas de dar tres ó cuatro carreras por él, calzéme los patines, y zás, empecé á dar mas vueltas que una perinola; en esto de patinar me las apuesto con el mas listo! Estaba yo muy engolfada en mi diversion, cuando llegó á mis oídos una carcajada tal como nunca oí en mi vida; miré hácia donde sonaba, y ví á un caballerito muy acicalado que se apretaba los hijares, sin duda para no reventar de risa. ¡Vaya! pensé yo, pues no está poco divertido el hombre! Él me miraba, me miraba, y dále con reír, y mas reír! ¿Si seré yo quien le hace tanta gracia? pensaba yo entre mí, y así era, porque acercándose á otro jóven, que al parecer estaba sacando la vista del lago, segun pude inferirlo por las señas, dijole sin dejar de reír: para ver cosas tan divertidas es necesario venir á este rincón del mundo. ¡No sabia yo que el verme patinar era una cosa tan divertida! El otro, que por cierto era un guapo mozo, reíase como el primero. ¡Caramba! dije para mí, esto no va conmigo! que busquen para divertirse una mona; fuíme á la otra

orilla, quitéme los patines, llamé á monaguillo, monté de un salto encima de sus lomos, y en un abrir y cerrar de ojos me perdieron de vista, y se quedaron sin diversion. ¡Pues no faltaba mas sino que les sirviera yo de títere!

—¿Y qué mas te ha sucedido? preguntaron las oyentes, á quienes divertia mucho la narracion y los gestos con que la sazónaba.

—Qué me ha sucedido, prorumpió la demandera en el tono del que va á dar una gran noticia, una cosa que no esperaba, vereis: al pasar por la villa de*** me ocurrió entrar á saber de la salud de mi amiga la tabernera; yo no queria mas que saludarla, pero ella tomó á empeño que probara su aguardiente, y por no desairarla le probé; apenas habia tomado la copa en la mano, sentí un golpe en el hombro; ¡pero que golpe! si por poquito me hace saltar la copa de la mano! Volví la cabeza para decir al que así me saludaba que otra vez no fuera tan brusco, y entonces sí que por poquito doy en tierra, cuando me hallé frente á frente con el bueno de Lermac, á quien yo creia en el otro mundo. Lermac es un cosaco que cuando yo era muchacha estuvo alojado en casa de mis padres algunos meses, y me cobró tanto cariño, que se quiso casar conmigo, y si no hubiera sido tan gastador, ¿quién sabe? á mí no me desagradaba. Esto fué hace mas de treinta años. ¡El tiempo corre que vuela. Pues como iba diciendo, el buen Lermac se alegró tanto de verme, que quiso abrazarme, y me llamó su novia.

—Eh, poco á poco, le dije, yo no soy novia de nadie, ni pienso casarme sino con mi conventito.

—Qué condesito es ese? me preguntó Lermac, que sin duda me habia entendido mal; pues mira bien lo que haces, las viejas locas no tienen buen paradero. Andate con remilgos y coqueterias y verás si hago una barrabasada.

Yo de risa no pude contestarle; pensar que un condesito me hacia la corte solo al bueno de Lermac se le hubiera ocurrido! Bien decia mi padre que...

—La Egumena! dijeron tres ó cuatro vocecillas á un tiempo, y esto bastó para que se dispersara la banda de palomas, que tal parecian aquellas monjitas con su ropaje mas blanco que la nieve.

Una religiosa entrada en años, y de aspecto imponente, asomó por la entrada del refectorio. Ana se puso de pié, inclinó la cabeza, metió la mano en la faldriquera y sacó una cartera ó libro de memorias, que presentó á la Egumena, diciendo: ¡No es floja la lista de los encargos! Setenta copias de la Virgen, y doce del San José, para la ciudad de Arcángel; cincuenta y cinco Apóstoles, para la Siberia; setenta Magdalenas, para las reclusas de San Petersburgo; todo esto á buen precio. Además setenta estampas de San Jorge, para el cuartel de Inválidos, y una Vir-

gencita para el oratorio de los ciegos de Roswick; el secretario del Gobernador me ha entregado esa nota, diciéndome que desea S. E. que las obras para su familia se pinten con colores mas vivos.

—Qué significa esta señal que han puesto al margen? preguntó la Egumena mirando la indicada nota.

—La he puesto yo, respondió Ana. Como no me han enseñado á escribir! en mi tiempo las jóvenes no aprendian tanto como ahora.

—Lo que yo pregunto es qué significa esta señal? dijo la superiora con tono severo.

—Significar, no significa nada, sirve para recordarme un encargo de Juan Juannowitesch. El pobre hombre tiene un lienzo antiguo de San Ambrosio, y desea convertirle en retrato de Napoleon, mediante un sombrero de picos y un uniforme de general. Yo le he dicho que la cosa es fácil. El bueno de Juan debe toda su fortuna, que no es despreciable, al Emperador, porque durante la guerra se hizo rico contrabandeando y vendiendo mercancías inglesas y tabaco para las tropas.

Del exámen de la lista pasó la Egumena al de los ingredientes, cachivaches y comestibles, y entretanto las monjas se fueron escurriendo una tras otra, y entrando en sus celdas.

Escolástica volvió al trabajo, y no abandonó el caballete hasta dar el último toque á sus lienzos; pero cuando examinó su obra, le pareció que la imagen tenia una espresion demasiado ardiente; el recuerdo de la pasada reprimenda la hizo temblar. ¡Válgame Dios! exclamaba interiormente, hay un exceso de animacion en este semblante; acabo de pintar los ojos de una pecadora; me hallo dominada por el enemigo de las almas; y la pobre niña, presa de un terror supersticioso, cayó anonadada en su asiento, escondió el rostro entre sus manos, y se deshizo en llanto. Despues, serenándose de pronto, levantóse del asiento, se acercó á la ventana, miró al cielo, y murmuró en voz baja: ¿Por qué tener miedo? ¿No está Dios conmigo? No estoy yo con él? Oh! mi vida es dichosa! Lo mismo que se deja conocer el fruto por el suave perfume que exhala, se adivina la pureza de mis sentimientos en los suspiros y oraciones que dirijo al cielo. Mi existencia se desliza solitaria, pero cada una de sus horas me trae unas gotas de rocío. Apenas abro los ojos, veo á las Santas, cuyas facciones copio; sus miradas fijas en mí, parecen invitarme al trabajo, pongo manos á la obra, y cada una de mis pinceladas viene á ser un latido de mi corazón; cada línea que trazo revela una de sus alegrías ó tristezas; vivir y morir en el claustro, lejos de los peligros del mundo, es toda la dicha que pido al Señor.

Y diciendo así, dejaba errar sus miradas por el cielo, cuyas nubes tan pronto se apiñaban formando

caprichosas montañas, como se iban estendiendo á la manera de un ancho río surcado por ligerísimas naves; ora parecían remedar las torres de la iglesia, ó ya extraños animales y fantásticas formas de mujeres ó guerreros.

Y una voz interior murmuraba diciendo á la reclusa.—¿Qué sabes tú lo que es el mundo, pobre niña? te le han pintado lleno de peligros; es rico en bienes y delicias, que no has conocido jamás!

—Ni quiero conocer, exclamó Escolástica respondiéndose á sí misma. ¡Oh, plegue al cielo que no conozca yo mas goces que los del amor divino, los de la dulce amistad y el arte que profeso! Mis sueños de inocencia, mis éxtasis, mis angélicas visiones, y despues la muerte de los justos.

Quiero vivir como las flores, que nacen en el invernadero, y en él esparcen los aromas que suben al cielo, y las hojas que caen marchitas sobre la tierra.

En aquel momento entraron sus dos amigas en la celda; Marfa traía en la mano un papel que mostraba riéndose á Escolástica. ¿Qué significa ese papel? la preguntó la jóven con cierta curiosidad infantil.

—Oh, es una cosa deliciosísima! Contestaron las dos amigas á la vez, es una caricatura; mírala, es cosa que hace morir de risa, dos gentiles caballeros que han venido á visitar el templo han debido perderla; mira, mira, representa á la madre Sofia durmiendo, junto á ella está la hermana Eudoxia; pero, ¿no ves que facha tan ridícula tienen las dos?

Escolástica tomó el papel y rasgóle, diciendo:

—Siento en el alma que os hagan reir semejantes chavacanerías. Eso no está bien en unas jóvenes bien educadas.

Ambas amigas se miraron con sorpresa, y en tanto que Marfa recogía los fragmentos del malhadado papel, Phedora, con lágrimas en los ojos dijo:—No te pongas seria, Escolástica mia. ¿Qué mal hay en reirse de una imágen tan grotesca? Confieso que me hace gracia la caricatura, pero si he de ser franca, diré que todavía me hacen mas gracia sus dueños.

—Luego los has visto? preguntó Escolástica entre risueña y grave.

—Vaya si los he visto, y bien despacio, contestó Phedora; tomé á empeño mirarlos bien para ver si tenían alguna semejanza con mis parientes, pero no he descubierto ninguna; mi hermano tiene los bigotes rubios y retorcidos como el mas jóven de los dos, pero sus labios no son tan frescos y encendidos, ni su dentadura es tan blanca; si es el otro, tiene un talle mas esbelto que el de mi primo Gregorio, y eso que se aprieta el cinturon de modo que hace reventar las correas. Mi primo es teniente de la Guardia Imperial, y guapo mozo.

—No será tan guapo como el jóven extranjero, dijo Marfa. ¿No has reparado como echaba los lentes hácia el coro?

—Vaya, si lo he reparado; y por cierto que no parece bien que se mire así á las monjas: bien hizo el otro en reñirle!

—Pues yo digo que hizo mal. Czar y todo, no es dueño de impedir que los demas miren adonde quieren.

—El Czar! exclamó Escolástica con asombro.

—No hagas caso, es una broma nuestra, dijo Phedora. Marfa le ha puesto ese nombre al extranjero que tiene bigote negro, así como yo designo por el de Bayardo al de los bigotes rubios.

(Continuará.)

MICAELA DE SILVA.

Explicacion del pliego de Dibujos.

- NUM. 1. *Babero*, de piqué, bordado á *feston*.
- NUM. 2. *Puño*, bordado á *feston* y *minuto*.
- NUM. 3. *Cuello* de corbata correspondiente.
- NUM. 4. *Entredos*, bordado á *punto ruso* con algodón de color.
- NUM. 5. *Cenefa*, bordada al *pasado*.
- NUM. 6. *Entredos*, bordado á *feston*.
- NUM. 7. *Cenefa*, bordada á *feston*.
- NUM. 8. *Idem* para enagua, formando cuadros de jaretitas, alternados con otros bordados con cordón ó trencilla.
- NUM. 9. *Entredos*, para el mismo objeto, bordado al *pasado*.
- NUM. 10. *Feston*, con esquina para juegos de cama.
- NUM. 11. *Escudo*, bordado á *plumetis*.
- NUM. 12. *Cenefa*, bordada al *pasado*, y *punto ruso* con color para los enrejados y ramas.
- NUM. 13. *Escudo*, bordado á *plumetis*.
- NUM. 14. *J. A.*, al *pasado*.
- NUM. 15. *Cifra*, bordada á *feston*, para mante-
lerías.

El patron que va á la espalda es de un traje de niño, bordado con *soutache* sobre poplin ó alpaca. Cada pieza lleva su nombre, y acompaña además cenefa para la falda. No dudamos que las madres de familia nos agradecerán este patron de traje de niño, que una vez siquiera hacemos alternar con los de señora.

Por lo no firmado

El Directorio Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.